

Un ave, muchos nombres: un pluriverso

Ana María Sicard-Ayala¹, Laura Jaramillo-Mejía² & Fernando Ayerbe-Quiñones³

¹ Tull, Grupo de Investigaciones para el Desarrollo Rural, Universidad del Cauca

² Programa de Antropología, Universidad del Cauca

³ WCS - Colombia

✉ avifaunacolombiana@gmail.com

“De todas las expresiones que emanan de una cultura, los conocimientos sobre la naturaleza conforman una dimensión especialmente notable, porque reflejan la acuciosidad y riqueza de observaciones sobre el entorno realizadas, mantenidas, transmitidas y perfeccionadas a través de largos períodos de tiempo, sin las cuales la supervivencia de los grupos humanos no hubiera sido posible” (Toledo & Barrera 2008).

El lenguaje permite expresar ideas, conceptos, pensamientos y sentimientos; significamos la realidad cuando nombramos. De esta manera, los nombres designan seres y cosas, esas palabras les dan un lugar en un mundo. Las palabras, así como sus significados, se reinventan y se transforman, los nombres de las aves no se escapan de estos azares. Somos testigos de la gran diversidad del lenguaje cuando, al viajar o al desplazarnos, encontramos diferentes nombres vernáculos para una misma especie, precisamente, esa diversidad da cuenta de la variedad de ecosistemas y culturas. Los nombres cuentan las historias de las interacciones entre humanos y entornos, en la música, la literatura, la comida, los refranes y la toponimia quedan registrados estos fenómenos; allí habitan las memorias bioculturales de los pueblos. Al conocerlos e indagar sobre los orígenes y usos de esos nombres emprendemos otras búsquedas hacia nuevos mundos que podemos documentar y de los que también podemos hacer parte. La diversidad lingüística nos habla de la diversidad cultural, biológica y geográfica, todas se entrelazan. Cuando reconocemos y apreciamos esa diversidad contribuimos a fortalecer los procesos de conservación.

En un país megadiverso como Colombia, esta variedad de nombres en español, que

habitualmente llamamos “nombres comunes”, resulta ser realmente especial cuando dimensionamos ese gran panorama. Prueba de ello son los nombres en español para especies o géneros ampliamente distribuidos y fáciles de observar. Por ejemplo, para el género *Momotus* se han registrado más de 15 nombres vernáculos, mientras que para *Piaya cayana* se conocen más de 55 nombres en el país, la mayoría de ellos alusivos a características precisas de la especie: comportamiento, dieta, color, forma y canto. Muchos nombres resultan obvios, también curiosos y tiernos, otros son graciosos y unos más pueden ser desconcertantes, y la curiosidad nos hace pensar ¿de dónde vienen estos nombres, quién los inventó? Consideración aparte amerita la diversidad etnolingüística del país: en Colombia existen alrededor de 65 lenguas indígenas vivas, varias de ellas se encuentran en peligro de desaparecer (Landaburu, 2004-2005); cada cultura tiene una forma de concebir el mundo y su lengua da cuenta de lo que en él existe.

Actualmente, las aves son un foco de atención nacional y mundial, y la necesidad de comunicación global ha exigido una estandarización de nombres. Por un lado, la creación de un mecanismo universal de estandarización (nombre científico) ha satisfecho esa necesidad otorgándole un nombre en latín a

cada especie conocida, identificando y diferenciando a cada especie de las demás. Este sistema de clasificación binominal sigue siendo una herramienta imprescindible en el mundo científico y académico. Por otro lado, y para un público aficionado, muchos nombres científicos resultan distantes, difíciles de pronunciar y memorizar. Una situación que llama la atención, es que desde hace aproximadamente cuarenta años, entre aficionados, profesionales y organizaciones de países hispanohablantes han surgido discusiones y propuestas globales de estandarización como las de SEO Birdlife y Handbook of the Birds of the World, también propuestas de comités de carácter nacional en países como Venezuela, Argentina, México, por nombrar algunos.

Para el caso de Colombia, los nombres en español usados en guías de aves y plataformas de internet son traducciones literales de nombres en inglés, nombres usados en otros países hispanohablantes, adaptaciones de esos nombres y, en una menor proporción, nombres usados sólo en algunas regiones del país. Estas herramientas han sido fundamentales para la popularización del avistamiento de aves en la última década. Sin embargo, los nombres en español, que aparecen en esas guías y plataformas, colonizan con facilidad nuevos nichos, muchos llegan en boca de visitantes a localidades que ya poseen nombres vernáculos, los cuales son rápidamente desplazados y lanzados al olvido. En medio de ese contexto de desplazamiento, se reflejan relaciones de poder y jerarquías naturalizadas que no siempre son percibidas.

Esos nombres locales han sido invisibilizados, siempre han estado allí pero no han tenido lugar en el discurso pajarero y ornitológico. Un ejemplo evidenciado en el territorio nacional es el del "cuco" ardilla, traducción del nombre

onomatopéyico en inglés "Cuckoo", impuesto en Colombia para la especie *Piaya cayana*, que de hecho no canta así y que, entre sus nombres vernáculos, tiene versiones onomatopéyicas que sí son fieles a sus vocalizaciones como "Chicuana", "Shiscua" o "Pijuán".

Esos procesos de estandarización, adoptados principalmente por observadores de aves y que se normalizan en la práctica pajarera y en el discurso conservacionista, han sido excluyentes. Este no es un tema sencillo de abordar, pero considerar cómo se han llevado a cabo estos procesos permite reflexionar sobre esos conocimientos, prácticas y mundos que han dejado de existir al quedar por fuera de esa estandarización.

La comunidad ornitológica, los observadores de aves y el gremio del turismo, pueden aportar significativamente al reconocer y valorar la existencia de cada nombre vernáculo considerando que, además de procesos de nominación propios, existen taxonomías diferentes a las conocidas desde la academia, y que pueden encontrarse seres sin nombre (esto no implica que no existan o sean desconocidos), seres diferentes que comparten un mismo nombre, o que un mismo ser tenga varios nombres.

Cuando nombramos el mundo como nuestros antepasados lo han nombrado, honramos una herencia, también lo hacemos cuando visibilizamos esos otros nombres. Todo lo que somos como humanos es producto de encuentros entre pueblos, lenguas y culturas diferentes, y ya que las lenguas son seres vivos y sus existencias son dinámicas, también ellas tienden a diversificarse. Nuestra invitación es a celebrar la diferencia en los contextos humanos y no humanos, para que así, desde el acto de nombrar, el nuestro sea un "pluriverso", como lo

llama el antropólogo Arturo Escobar: un mundo en el que quepan muchos mundos.

Literatura Citada

ESCOBAR, A. 2014. Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia. Ediciones

UNAULA, Medellín.

LANDABURU, J. 2004-2005. Las lenguas indígenas de Colombia: presentación y estado del arte. Revista Lenguas de Colombia Amerindia, 29-30: 3-22.

TOLEDO, V. & BARRERA, N. 2008. La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Icaria Editorial, Barcelona.

Recibido: 22 de julio de 2019 *Aceptado:* 21 de noviembre de 2019

Editores

Andrés Cuervo / Orlando Acevedo-Charry

Citación: SICARD-AYALA, A.M., JARAMILLO-MEJÍA, L., AYERBE-QUIÑONES, F. 2019. Un ave, muchos nombres: un pluriverso. Ornitología Colombiana 17:eC01.